

1829

El
Cartero

Cartero

J.

EL CARTERO.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDO-

Por D. J. de la C. Tirado.



MADRID;

BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1842.

PERSONAS.

DURAND , <i>cartero.</i>	SEÑORA BALOCHARD.
LORD DARNLEY.	ELENA, <i>hermana de MON-</i>
MONROSE , <i>banquero.</i>	ROSE.
DOBINCOURT, <i>panadero.</i>	DURESNEL, <i>fiscal del tri-</i>
ROBERTO , <i>mozo de la</i>	tribunal.
<i>tahona.</i>	ANTONIO, <i>lacayo de MON-</i>
CAROLINA , <i>hija mayor</i>	ROSE.
<i>de DURAND.</i>	UN ESCRIBANO.
HENRIQUETA , <i>hija se-</i>	UN ACREEDOR.
<i>gunda.</i>	UN COMISARIO.

Convidados , abogados , gendarmes , galeotes , sol-
dados , ministriles.

LA ESCENA EN PARIS.

Este drama es propiedad para su impresion y representacion en las provincias, de D. Ignacio Boix, Editor del *Repertorio dramático*; el cual perseguirá ante la ley al que le reimprima ó ejecute en algun teatro del reino, sin que para ello obtenga su beneplácito por escrito, segun prescriben las reales órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839.



ACTO PRIMERO.



Una boardilla. Muebles miserables y pocos. Sobre una mesa un mal velon.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA , HENRIQUETA.

(Al levantarse el telon , sale Carolina de una habitacion á la izquierda.)

HENR. Qué hay , hermana?

CAR. Papá no se separa de la cama.

HENR. Y no se alivia nada?

CAR. El médico dijo que pasaria muy mala noche... y que acaso...

HENR. Pobre madre! La miseria causa su muerte.

CAR. Sí... la miseria!... Oh! Es cosa horrible... pere no , hacemos mal en creer que nos abandone así la Providencia. Nuestra pobre madre ha caido enferma abrumada con el asiduo trabajo para procurar nuestra subsistencia , y por las noches pasadas en velar á la cabecera de nuestro padre. El mismo día que este recobraba la salud quedó ella postrada en la cama; y desde entonces no ha tenido límites nuestro infortunio... Sin recursos , sin un amigo , hemos visto embargar los pocos muebles que nos quedaban , y que luego acaso vendrá á recoger la justicia. Hasta el médico que viene dos veces á la semana , manifiesta que no nos tiene ni aun compasion , sino que cumple con un deber de su empleo , siempre contando los minutos , hablando con la mayor indiferencia de los padecimientos de

nuestra madre, y anunciando con la mayor frialdad los mas terribles pronósticos. Oh! Dios mio, qué será de nosotros!

HENR. (*Arrojándose, llorando en sus brazos.*) Hermana!

ESCENA II.

Dichos, DURAND, que entra pálido, abatido.

DUR. (*Mirando á sus hijas.*) Infelices!

LAS DOS. (*Corriendo á él.*) Padre!

CAR. Podemos ir allá?

DUR. No, ahora no. Hace un instante que se quedó dormida y el menor ruido...

CAR. Duerme!

HENR. Gracias á Dios!

DUR. Hablad bajo... (*Bajo á Carolina.*) Ya sabes, Carolina, lo que dijo el médico »dormirá como una bora, y si al amanecer no ha tenido ninguna convulsion, se la puede contar como fuera de peligro: en el caso contrario». Nada mas dijo; pero ya comprenderás, hija mia, lo que significa ese silencio.

HENR. Padre, ¿por qué hablais en secreto delante de mí? Al instante me temo que sucede algo malo.

DUR. Nada sucede, Henriqueta; y ya á tu edad has experimentado demasiadas desgracias para que tenga que ocultarte ninguno de nuestros pesares (*Diciendo esto va á sentarse en una silla en frente de la habitacion donde está su muger.*) Desde aqui no la pierdo de vista. (*Las dos están de pie á su alrededor.*) A ti, Carolina, nada hay que decirte, ni puedo agradecer suficientemente tu perseverancia. Desde la enfermedad de tu madre la he reemplazado con tu hermana y conmigo. Trabajas sin cesar para procurarnos el sustento, puesto que yo he perdido hasta el miserable empleo con que contaba.

CAR. No os desanimeis, padre mio. Ya han vuelto á nombraros Cartero, y apenas amanezca principiareis á ejercer vuestro cargo.

DUR. Sí, luego que amanezca; y en tanto tu infeliz madre...

CAR. Acaso al despertar la hallemos mejor.

DUR. (*Levantándose.*) Miserable Monroe! A él debo todas mis desgracias!

HENR. Pero quién es ese Monrose y qué os ha hecho?
Yo no le conozco.

CAR. Ni yo, á pesar de que su hermana Elena ha sido mi compañera de colegio y mi amiga.

DUR. Sí, tu amiga! Mal haya mil veces esa amistad que fué causa de que yo conociese á su hermano, y de que pusiese en su casa treinta mil francos... es decir, todos mis aborròs de quince años, mis únicos recursos para la vejez y para asegurar vuestro porvenir. Y ese hombre infame, se ve rico á consecuencia de la mas vergonzosa quiebra... despues de tres años ya nadie se acuerda de su villanía, y yo con mi imbécil honradez, yo que tuve la necedad de no querer perjudicar á nadie, me he visto obligado á dejar el comercio, á tomar una miserable plaza de cartero que me quitó una enfermedad á los seis meses, y á veros sufrir á vosotras y á vuestra madre enfermedades, miserias, hambres, sin poder acudir á vuestro auxilio... Y cuando abrumado con tantos males he querido recurrir á la humana compasion, solo he hallado menosprecio y dureza, costándome trabajo encontrar quien me fiase un pedazo de pan que ya me niegan. Todos nuestros muebles están embargados, y no saldrá el sol sin que vengan á llevárselos, y como ni aun asi lograré pagar lo que debo, me llamarán perdido y bribon, al paso que el hombre que me ha arruinado pasará por honrado y decente, y será banquero, elector, conde, individuo de la junta de beneficencia, y todo lo que quiere. Oh! menester es tener en Dios una fé muy viva para no hallar en el crimen el único remedio á tantos horrores.

CAR. Padre, tranquilizaos.

DUR. Sí, tienes razon; yo debo daros ejemplo de valor y de resignacion... lo olvidaba. Pero hay en mi situacion motivos suficiente para cobrar odio á la humanidad entera, cuyos individuos parecen conspirados para dañarme, sin que uno solo me alargue su mano. Por eso quiero ser egoista è insensible como los demas hombres. Oh! Es seguro que ninguno debe esperar de mi el mas mínimo favor.

CAR. No digais eso, que vos mismo no lo pensais.

DUR. Si tal.

CAR. No, no lo pensais.

(*Voces dentro: ladrones, asesinos!*)

HENR. Qué será?

LORD. (*Dentro.*) Infames!

CAR. (*En la ventana.*) Ay Dios mio, es un hombre á quien quieren asesinar!

LORD. (*Dentro*) Socorro! Favor! Mi madre!

LOS TRES. Madre!

(*Miran á la habitacion donde está la enferma.*)

CAR. Llama á su madre!

DUR. No tengo armas... Ah! (*Coje una barra de hierro.*) Voy...

HENR. Padre, no salgais!

DUR. Dejadme! (*Váase corriendo.*)

ESCENA III.

Dichas, menos DURAND.

CAR. Ah! Tendremos aun que llorar una nueva desgracia?

HENR. Estoy temblando!

(*Miran ambas por la ventana.*)

HENR. Y habrán matado al hombre que hablaba de su madre?

CAR. Allí están... ahora sale papá...

HENR. Ya lo veo.

CAR. Les acomete

DUR. (*Dentro.*) Bribones!

CAR. No me queda gota de sangre en las venas.

HENR. Y ahora?

CAR. Ya no veo nada, ni nada se oye.

HENR. Qué habrá sucedido?

(*Se quedan muy asustadas. Momento de silencio. Despues se oye la voz de Durand como subiendo la escalera.*)

DUR. Por aquí: subid este último tramo.

CAR. El es!

HENR. Ah!

LAS DOS. (*Corriendo á la puerta*) Padre!

ESCENA IV.

Dichos, DURAND, LORD DARNLEY.

DUR. Entrad... apoyaos en mi brazo.

LORD. (*Con el traje desordenado, la manga izquierda rota, y viéndosele la camisa manchada de san-*

gre.) Me habeis salvado la vida... Señoritas...
(Las saluda. Las dos se acercan á su padre y le abrazan.)

CAR. Padre, no estais herido?

DUR. No, no, hija mia, pero este caballero...
(Le hace sentar y se acercan las dos.)

LORD. No es nada. Una puñalada que me pasó rozando por el brazo... no merece la pena. Gracias á vos que llegásteis á tiempo, porque ya me tenian sujeto, y decia adios á mi madre y á mi patria!

CAR. A vuestra patria!

DUR. Sois extranjero?

LORD. Soy inglés... lo que os admirará porque no conservo ni aun el acento de mi pais. Pero si nací en inglaterra, soy francés por inclinacion y por carácter, desde mi mas tierna infancia oia con entusiasmo todas las noticias que se referian á este hermoso pais, buscaba con ansia el trato de vuestros compatriotas, aprendia el idioma con el mayor esmero, y preferia siempre para leer los libros franceses á todos los demas del mundo. Mis amigos y parientes se reian de mi entusiasmo, y criticaban lo que llamaban mi falta de amor pátrio; pero nada pudo corregirme. En fin, hace seis meses que realicé todo mi caudal y me embarqué para Francia. Ya que la he visto de cerca, y sobre todo ahora que he estado á pique de ser asesinado en las mismas calles de París, su capital, se disminuye algo mi admiracion; pero de todos modos queda siempre lo suficiente para no sentir el haber venido. He hablado aqui con franqueza y cordialidad: me he hecho con amigos que conservaré hasta la muerte, entre ellos os cuento ya, y voy dentro de poco á realizar uno de los mas hermosos sueños de mi infancia, casándome con una francesa.

DUR. Caballero, no exijo esas esplicaciones.

LORD. Yo os las doy con gusto para que comprendais cuanta gratitud os debo por haberme salvado la vida. Hallándome á punto de ser feliz, temia la muerte. Como nos vemos hoy por la vez primera necesito deciros que me llamo...

DUR. Dispensad, si...

CAR. (Llorando.) En tal ocasion...

HENR. (Llorando.) Sí, ahora no... (Le toma la mano

y le muestra la habitacion de su madre.)

LORD. Qué veo! (*Para sí.*) Una muger espirando!... Ese llanto!... tal aire de miseria! Me ha salvado la vida, y yo sin pensar mas que en mí no reparada su estado, y solo hablaba de mis projectus. (*Alto.*) Dispensadme, amigo mio, tomo verdadera parte en vuestro dolor, y doy gracias al cielo por la casualidad que aquí me ha conducido. Aun no he merecido que me deis vuestra amistad y confianza, mas espero que la lograré, y que nos volveremos á ver. Cuál es vuestro nombre?

DUR. Pablo Durand.

LORD. Muy bien, yo soy lord Darnley, y vivo en la plaza de la Victoria, casa del banquero Monrose.

DURAND Y SUS HIJAS. Monrose!

LORD. Le conoceis?

DUR. Yo! Sí... le conozco.

LORD. Voy á ser su cuñado.

CAR. Con que su hermana?...

LORD. Será mi muger dentro de un mes.

DUR. Su muger! Bien.

(*Durand y sus hijas no vuelven á mirar al inglés.*)

LORD. Me marchó, pero para volver muy pronto. (*Ap.*) Sin embargo, su situacion puede necesitar pronto socorros... Me han robado la cartera... Ah!... Aun me queda este bolsillo. (*Lo pone sin hacer ruido sobre la mesa y se acerca á ellos.*) Adios, amigos míos, consolaos, y no desesperar de nada Hasta la vuelta. (*Váse.*)

ESCENA V.

Dichos, menos el LORD.

DUR. Va á casarse con la hermana de Monrose.

CAR. Qué lástima! Parecia tan generoso y tan bueno!

DUR. Ah! Carolina, la desgracia me ha enseñado á no dar crédito á esas apariencias y promesas. Tambien Monrose cuando le vi por la vez primera, tenia un aspecto evidente de bondad, tambien me hizo muchas promesas, y mira como despues me ha tratado... Su futuro cuñado será lo mismo que él.

CAR. Suponeis acaso?

DUR. Sí, cuando vuelva á casa de su novia oívidará

al desgraciado que le salvó la vida, y nunca se volverá á acordar de nosotros.

CAR. Os engañais, padre, volverá; y le haceis una injuria en compararlo con el autor de nuestras desgracias. Mas bien es digno de compasion por haber puesto su confianza en un hombre indigno de ella, y por casarse con una muger... que sin duda vale mas que su hermano; pero que es incapaz de comprender la verdadera nobleza de alma y la generosidad. . Oh! Estoy segura de que volverá... Le miré al rostro cuando nos consoló en su despedida, y... vendrá!

DUR. Dios quiera que aciertes!

HENR. Mirad, mamá está todavía durmiendo.

CAR. Y su sueño es tranquilo. (*Levantándose.*) Ya recordareis lo que el médico nos dijo... Sí, savará.. miradla, parece que se sonríe.

DUR. Vamos, me harás creer que nuestra suerte va á trocarse,

CAR. Y por qué no?

HENR. Mainá se pondrá buena.

CAR. Ese jóven volverá.

HENR. Y os han devuelto vuestro empleo.

DUR. Mi empleo!.. Pues se me olvidaba que ya es hora de salir.

CAR. Ya!.. Pues bien, marchad, y confiad en que la cuidaremos bien; y en que al despertarse hallaremos medio de consolarla y de persuadirla de que ya no somos tan desgraciados

DUR. (*Mirando á su muger.*) Voy, pues, descuidado, hijas mias, y ya procuraré hallar un momento para venir y traeros pan.

CAR. Pan!

HENR. Si, padre, sí!

DUR. Es probable que consientan en fiarme ahora que me han vuelto mi empleo... Vaya, despues de una noche espantosa parece que el dia no será lo mismo.. Principiamos á vislumbrar el fin de nuestros infortunios y renace la esperanza.

(*Diciendo esto abraza á sus hijas, mira por la última vez la habitacion de su muger, y vase.*)

ESCENA VI.

Dichas, menos DURAND.

HENR. Traerá pan!

CAR. Dios lo quiera!

HENR. Mira, no he querido decirlo delante de papá por no darle mas pesadumbre; pero ya no puedo sufrir mas... Oh! Qué terrible padecimiento es el hambre!

CAR. Vamos, ten valor y paciencia, que dentro de una hora á más tardar.

HENR. Una hora! Esperar todavía una hora!... Bien, tendré paciencia.

(Se sienta abatida en una silla.)

CAR. *(Ap.)* Pobre Henriqueta! *(Alto.)* Ah! C'e o que mamá se despierte... Corro!

(Entra en la habitacion.)

HENR. Allá voy yo... *(Levantándose con trabajo.)* Ay Dios mio, qué apenas puedo moverme!

(Vuelve á sentarse. Lllaman á la puerta del foro.)

UNA VOZ. *(Dentro.)* Abrid en nombre de la justicia.

HENR. Jesus!

VOZ. Abrid pronto.

HENR. Si mi madre llega á oír este ruido!... Voy á abrir.

(Lllaman. Henriqueta va á abrir con mucho trabajo.)

ESCENA VII.

Dicha, ESCRIBANO, ALGUACILES.

ESC. Creí que no acababais de abrir.

HENR. Señores... por Dios, que mi madre...

ESC. Dónde está? No hay nadie en la casa mas que vos?

HENR. Oídme por favor..

ESC. Venimos á recoger los efectos y muebles que están embargados para proceder á su venta... No hay una persona con quien podamos entendernos? Entremos.

(Van á entrar en la habitacion de la enferma y sale Carolina.)

ESCENA VIII.

Dichos, GAROLINA.

CAR. Deteneos... Mi pobre madre está ahí enferma de grave peligro, y el menor ruido, el mas mínimo sobresalto pueden causarle la muerte... No querreis asesinarla? Nuestra pobreza no puede autorizar... Señores, deteneos por piedad... no paseis de aqui. *(Se arrodilla.)*

ESC. Levantaos, señorita, y desechad todo temor... Señores, tomo bajo mi responsabilidad el aplazar la ejecucion del auto... Retirémonos.

CAR. Ah! Mi gratitud...

(Un poco antes Henriqueta abrumada por el hambre y la fatiga, se ha ido á apoyar en la mesa y toca el bolsillo dejado por el Lord.)

HENR. Hermana, qué es esto?

CAR. Qué?

HENR. Mira, mira.. Sobre esta mesa hay un bolsillo con oro.

TODOS. Oro!

(Carolina se acerca á su hermana, y los otros las rodean.)

CAR. Sí, es cierto... El lo ha dejado aqui... bien le decia yo á mi padre que era honrado y generoso, y que no serian vanas sus promesas. Ah! Al fin se cansó la suerte de perseguirnos. Tenemos oro, hermana mia, y no volverás ya á padecer hambre, y no carecerás de nada. Oh! Vamos á ser felices.

HENR. Qué dicha! Bendiga el cielo al buen jóven!

ESC. Callad... se me figuraba haber oido un gemido.

CAR. Ah! Infeliz de mí que con mi loca alegría he causado acaso su muerte! *(Va á la puerta.)* Dios mio! *(á los ministriles.)* Señores, acudid por Dios á socorrerla: Tomad todo lo que querais... Doble ó triple de nuestra deuda... cuanto hay en el bolsillo... Pero salvad á mi madre.

(Los ministriles acuden á la habitacion de la enferma. Henriqueta queda como desmayada sobre la mesa.)

FIN DEL AGTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



Una barréduela ó rinconada de una calle. A la izquierda el portal de la casa de Durand. A la derecha una tienda de panaderia.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, DOBIN COURT.

- DOB. (*Saliendo de la tienda.*) Son ya las siete y media... No puedo tardar un instante mas. Pero antes de todo necesito dar instrucciones al que debe representarme en la tienda. (*Llamando.*) Roberto! Roberto! Nunca ha de venir proato cuando se le llama. Roberto!
- ROB. (*Entrando.*) Va, va! Estaba en el horno, y ya veis que no se puede estar al mismo tiempo en el horno y en la calle.
- DOB. Bien. Oye lo que voy á decirte, y grábalo en tu memoria.
- ROB. (*Ap.*) Ahora me va á aburrir con un sermon.
- DOB. La escasa salud, ó mas bien la indisposicion de mi cara esposa, le impide salir de su habitacion, y por consecuencia colocarse al mostrador.
- ROB. Bien, y qué?
- DOB. Que hoy es lunes, y que ayer despedí á la muchacha que estaba encargada del despacho.
- ROB. Es decir, que yo debo hacerlo todo?
- DOB. Yo tengo que ir á evacuar varios asuntos comerciales, y te toca á ti velar por mis intereses, que son tambien los tuyos.
- ROB. Los míos! No veo como.
- DOB. No ves cómo! Pues eres un ingrato. Ah! Bien puedes decir que has nacido con fortuna.

Con fortuna! Por supuesto: tengo ya diez y nueve años: y no soy mas que un pobre mozo de tahona... supernumerario, es decir, que trabajo noche y dia sin ganar un sueldo. Pues no es mala fortuna! La ofrezco gratis al que la quiera tomar.

DOB. Siempre con la misma salida! Qué no ganas un sueldo! Pero no ves que no te doy nada por delicadeza, y que me avergonzaria de ofrecerte un salario!...

ROB. Pues yo no me avergonzaria de tenerle.

DOR. Un pariente! Un amigo!

ROB. Pues por eso! De un pariente y un amigo se puede recibir todo sin vergüenza: es cosa sabia, no hay humillacion.

DOB. Ya, mas yo te he dejado entrever una halagüena esperanza. Te he dicho que algun dia serás mi yerno.

ROB. Pero sino teneis hijas.

DOB. Es cierto, mas la indisposicion de mi cara esposa indica... De aqui á nueve meses.

ROB. Bien, supongo que sea cierto; y que de aqui á nueve meses... pero y si es niño?

DOB. Si es niño esperarás un poco mas; porque ello es imposible que con el tiempo no tenga mi esposa...

ROB. Eso! Con el tiempo... y que yo me case cuando podria tener nietos! No señor, de ningun modo... quiero aprovechar mi juventud, no puedo ni quiero esperar tanto... Hay una persona á quien amo, á quien idolatro, a pesar de que no se lo he dicho nunca; pero se lo diré, y caso de que ella no me quiera por marido, no me casaré con nadie, ni aun con vuestra hija, aunque la tengais.

DOB. Roberto! Roberto! Eres un jóven casi estúpido, y para evitar una catástrofe te prohibo amar á esa persona que no es otra que la hija de un hombre que me debe veinte y seis francos, y que no me los pagará jamás.

ROB. Sí, os los pagará.

DOB. Cuándo?

DOB. Cuando tenga dinero.

ROB. Y cómo lo ha de tener?

DOB. Ya le han vuelto su empleo, porque esta mañana lo he visto salir de su casa. (*Mostrándola.*) con el uniforme de Cartero.

- DOB. Bueno , pero entre sí me paga ó no me pagá , como venga á pedir fiado le dirás no ha lugar.
- ROB. Pero...
- DOB. No hay pero que valga. No ha lugar , y punto concluido.
- ROB. Si lo hubierais visto como yo ayer mañana , cuando no quisísteis fiarle un pan ! Le caian de los ojos unos lagrimones !... Me partió el corazon.
- DOB. Ah ! Roberto , siento en extremo que no comprendas el comercio.
- ROB. Tiene dos hijos y á su muger enferma , y no le dais un pedazo de pan... Vos que siempre estais hablando de beneficencia y de sensibilidad , que sois rico , que habeis comprado hace poco una hermosa casa de campo , y que vais lo menos una vez á la semana á tener comilonas en la fonda con vuestros amigotes. A vos todo os sobra , y á vuestro lado se muere de hambre una persona sin que la deis un poco de ese dinero que cada dia arrojaís por la ventana. Oh ! Digo que es muy mal hecho , y que semejante conducta os saldrá algun dia á la cara lo mismo que lo digo.
- DOB. Acabarás ?
- ROB. Ya acabé !
- DOB. Gracias á Dios... Hablemos de otra cosa : que no te se olvide separar el pan de dos libras para la señora Balochard
- NOB. Ah , sí ! para esa vieja que tiene ochocientos francos de renta , un perrito , y sobre todo una lengua , que ya !... Como ahora no puede fastidiar á su marido , se entretiene en molestar á toda la vecindad con sus intrigas , sus chismes , su curiosidad y su charlatanismo. En todo se mete , todo lo averigua , y no tiene en el mundo otras diversiones que hablar mal , oír misa , leer la gaceta de Tribunales y cuidar su perrito. Bien la conozco.
- DOB. Calla , que aqui viene.
- ROB. Con el perrito Fanor.

ESCENA II.

dichos la BALOCHARD , con un faldero en brazos.

- BAL. Bueños dias , vecinos , cómo va por acá ?
- DOB. Muy bien , señora Balochard , y vos ?

- BAL. Yo tal cual ; pero éste pobrecito no acaba de arribar. Ahora voy á darle un paseito, que presumo le hará provecho.
- ROB. (*A media voz*) No reventàra!
- BAL. Que?
- ROB. Que me alegraré de que se mejore.
- BAL. Es que nadie puede figurarse lo que yo quiero á este animalito : pude sobrevivir á mi marido por que era jóven ; pero si sucediera á Fanor una desgracia me moriría.
- ROB. (*A media.*) Pues entonces veré de dar un jicarrazo á Fanor.
- BAL. Qué?
- ROB. Que voy á bñscar el pan de leche para Fanor. (*Entra en la tienda.*)
- DOB. Ya vereis que bueno es : lo he hecho elaborar á mi vista
- BAL. Muchas gracias en su nombre. (*A Roberto que trae el pan.*) Volvéoslo á llevar que antes de que Fanor y yo nos desayunemos tengo que subir un momento á casa del cartero Durand.
- ROB. Durand!
- BAL. Seguro que él no se figura lo que voy á decirle... y si quisiera aprovechar la fortuna.. pero no querrá... porque hay personas tau ridículas , que da compasion... Pues señor, habeis de saber que estábamos mi Fanor y yo tomando café , cuando llamaron á la puerta... voy á abrir.
- DOB. Con vuestro permiso , señora Balochard : no puedo detenerme mas tiempo. Oye Roberto (*le dice bajo.*) Cuidado con lo dicho : nada fiado al Cartero.
- ROB. Bien , bien ; ya lo he oido.
- BAL. Id con dios , vecino. Contaré mi historia al señor Roberto y él podrá despues repetíroslo.
- DOB. Como querais,

ESCENA III.

Dichos, menos DOBIN COURT.

- ROB. Yo no tengo tiempo para oir historias.
- BAL. Ah! picaronazo! Bien se yo para lo que no os falta tiempo.
- ROB. Para qué?
- BAL. Si se le figurará que todes están ciegos! Vaya, cómo vamos de amores?

- ROB. De amores!
- BAL. No hay que hacer el disimulado: todo lo sabemos acá.
- ROB. Qué habeis de saber!... Vaya que teneis unas preguntas! (*Ap.*) No hay remedio: esta muger pertenece á la policia secreta.
- BAL. (*Riendo.*) Ola! ola! Con qué quereis hacer misterio! Pues yo se muy bien que amais á Carolina, la hija mayor de Curand, el cartero.
- ROB. Es falso, y os suplico que no armeis caramillos sobre el asunto.
- BAL. Nada, no la amais, y sin embargo no habeis cesado de mirar á la ventana por si ella se asomaba.
- ROB. Bien, he mirado; pero no por amor, sino por compasion; porque hace veinte minutos que vi subir unos hombres de mal gesto, que aun no han bajado.
- BAL. Sí, escribano y alguaciles.
- ROB. Mucho lo temo, es una familia tan desgraciada!
- BAL. Como el padre quiera no lo será mucho tiempo.
- ROB. Pues cómo?
- BAL. Ola! Antes no quisisteis oir mi historia, y ahora preguntais. Pues, señor, como iba diciendo, llamaron á la puerta, fuimos Favor y yo á abrir, y entró nada menos que el señor baron de Monrose.
- ROB. El banquero!
- BAL. Esa Carolina que vos amais es linda, muy linda... de modo que ha llamado la atencion del señor baron.
- ROB. Con qué ha llamado su atencion!
- BAL. Sí, y desde que la ha visto se interesa mucho por su padre, aunque no lo conoce.
- ROB. Y vos quereis hablar al padre del asunto?
- BAL. Sí.
- ROB. Muy bien. (*Ap.*) Ah, infame vieja! Daré jicarazo á tu Favor.
- BAL. Ya conoceis que no titubee un instante en ofrecerme á ayudar al señor baron en una obra de caridad... Y vos mismo si quereis bien á la jóven debeis alegraros... (*Se oye ruido de un coche.*) Ah!... Un cabriolé se acerca... es el suyo.
- ROB. De quién?
- BAL. Del señor baron. Ya ha parado y viene bácia aqui... Me ha prometido que dará á vuestro amo la contrata de pan para los pobres. Oh! Es escelente sugeto.

ROB. (*Ap.*) Aquí está! Me aloja el cólera.

ESCENA IV.

Dichos, MONROSE.

MONR. (*Al bastidor.*) Andrés, espérame en la esquina y no te separes del caballo. (*Ap. al entrar en escena y sin ver los otros.*) Sí, esa es la casa.

BAL. Muy servidora vuestra, señor baron.

MONR. Callad, que no me gusta oirme á cada paso llamar por mi título. (*Bajo.*) Esa es la casa, no es verdad?

BAL. Si señor; y esotra es la tienda del panadero que...

MONR. Bien. (*A Roberto.*) Vendrán á tomar á vuestra tienda pan con las targetas de beneficencia que se pagarán en mi casa.

ROB. Bueno. (*Ap.*) Me marchó de aquí, porque baron y todo me dan ganas de... (*Alto y secamente.*) Buenos días, caballero. (*Entra en la tienda.*)

ESCENA V.

MONR. Pues no gasta cumplimientos!

BAL. La falta de educacion...

MONR. Sabeis ya las noticias que os pedí?

BAL. Si señor, por esa puerta habeis visto en efecto entrar á la tal jóven.

MONR. Hará como un mes, iba acompañando á una muger de cierta edad bastante enferma al paracer.

BAL. Era su madre.

MONR. No pudo menos de escitar mi interés el ver una jóven cuya belleza y aire distinguido contrastaban notablemente con su miserable traje, y que con la expresión del mayor pesar prodigaba ternos cuidados á la que la acompañaba.

BAL. Eso es muy natural en vuestro carácter generoso y compasivo.

MONR. Muchas veces he vuelto á pasar por aquí con la esperanza de verla, pero nada he logrado.

BAL. No sale nunca.

MONR. Por eso calculé que vos que poseis la confianza de todos los vecinos del barrio y sabeis sus secretos, podiais ayudarme en mi empresa de

- sacar á esa jóven de la miseria, dándola noticia de mis desinteresadas ofertas.
- BAL. Y tan desinteresadas! Yo quisiera ver que alguien sostenia lo contrario!
- MONR. Decis que el padre se llama...
- BAL. Durand y es cartero.
- MONR. Durand! Ese apellido...
- BAL. Es muy comun. Lo menos hay veinte que se llaman asi desde la plaza de la Victoria hasta la esquina de san Eustaquio. Mirad, justamente viene hácia aqui.
- MONR. Quién, el padre de la muchacha?
- BAL. Sí señor; esperad que voy á hablarle.
- MONR. Qué veo!

ESCENA VI.

Dichos, DURAND.

- BAL. (*Acercándose al cartero.*) Vamos, señor Durand, no hay que apurarse que no siempre está el diablo detras de la puerta. Os he hallado un protector que es individuo influyente de la junta de beneficencia... aqui está; señor baron, os presento...
- MONR. (*Ap.*) El es!
- DUR. Cómo, cómo! Sois vos, caballero!
- BAL. Parece que os conoce!
- MONR. En efecto... creo recordar...
- DUR. Oh! Ya concibo que desde tres años acá se os hayan olvidado ciertas cosas... pero lo que es yo todo lo tengo muy presente, todo.
- BAL. No comprendo lo que dice...
- MONR. Dejadnos solos un instante.
- BAL. Con mucho gusto, señor baron. (*Ap.*) Se conocen y es cosa rara. (*alto*) Adios, señor baron, no os molesteis por mi. (*Entra en la tienda.*)
- MONR. Cómo os veo, Durand, en tal situacion!
- DUR. Vos me habeis puesto en ella, y ya podeis calcular que no me ha sido facil olvidaros.
- MONR. Pero debeis reflexionar que yo no merezcó reconvençiones, que la primera victima de aquella desgracia fui yo...
- DUR. Sí, una victima que á los quinze dias tenia carruage, viéndome yo á pique de ser atro-

pellado por los caballos que habiais comprado con el pan de mi familia.

(*La Balochard sale de la tienda con un pan en un brazo y el perro en el otra.*)

MONR. Tal language...

DUR. Es el que vos debeis oir. En tres años y á pesar de mi ódio, no he pensado en buscaros; mas puesto que el dia de mi mayor miseria os encuentro, me oireis mal que os pese. Oh! No intentéis huir porque entonces solo daré oidos á mi desesperacion y... Dios solo sabe cual será el resultado. Señor baron de Monrose, banquero é individuo de la junta de beneficencia, sois un infame, un malvado.

BALD. (*Ap.*) Me parece que van ya quedandose de acuerdo.

MONR. Mirad, señor Durand, lo que decis, hay leyes que prohiben la violencia y las injurias, y podré haceros arrepentir.

DUR. Oh! No lo dudo. Un tribunal ha decretado que erais un hombre honrado, y que yo debía cobrar solo la cuarta parte de mi crédito, no extrañaré que otro tribunal declare que soy calumniador, porque os llamo malvado. Pues bien, sea así; presentémonos juntos á esos jueces, y que yo arruinado para enriqueceros y para que pudiéseris hacer regalos á vuestras queridas, me veo reducido á postrarme ante vos y á deciros: perdonadme... he hecho mal, he debido acercarme á vos con el sombrero en la mano, con la sonrisa en los labios... Perdonadme vos, que sois un hombre honrado y leal... Sí, señor baron, debeis perdonarme... (*Riendo con frenesí.*) Ah! No es verdad que falta este último rasgo á mi buena suerte? El mal está; Monrose, en que no creerías ni mi retractacion ni mis disculpas, y que por mas que yo te llamáse hombre de honor, siempre resonaría en tus oidos la palabra malvado.

BAL. (*Estorbando que se marche Mourose.*) Es cosa arreglada, no es verdad? Acepta vuestros beneficios, señor baron?

DUR. Sus beneficios!

MONR. Dejadmé.

BAL. De ningun modo, no quiero que dejéis de recibir las muestras de gratitud que os son debidas, señor Durand, yo soy la que he traído al señor baron: vuestra hija Carolina escitó su interés

viéndola dar el brazo á su respetable madre; y desde entonces...

- DUR. Mi hija! Hablais de beneficios que queria hacernos este hombre. Miserable! Ya lo comprendo... Despues de haber arruinado al padre, queria deshonrar á la hija.
- BAL. Qué está diciendo este hombre!
- DUR. Infame!... Yo me haré justicia á mi mismo. (*Se arroja á él.*)
- BAL. Socorro! acudid! .. que asesinan al señor baron.

ESCENA VII.

Dichos, ROBERTO, vecinos y el lacayo de Monrose.

- TODOS. Qué? Qué es eso? Qué hay?
- ROB. Nada, ya veo que no es nada... una riña particular. (*Ap.*) Me alegraría de que lo ahogara entre las manos! (*Los separan.*)
- MONR. Gracias, señores... Ese hombre está loco!... me quejaré á sus gefes... Andres, dónde está el cabriolé? (*Vase.*)
- DUR. Qué estoy loco!... Sí... la cólera... cuánto sufro! (*Se deja caer sobre un banco de piedra.*)
- ROB. Ay Dios mio! Se pone malo!
- BAL. Tenia razon el señor baron! Pobre hombre! Está loco.
- TODOS. Está loco! Está loco! (*Lo rodean.*)
- DUR. No, dejadme... Ya que se ha marchado, estoy tranquilo... por Dios no me mireis así... no he perdido el juicio... soy desgraciado; pero no pido nada á nadie, nada... Dejadme, y vos tambien, señora, dejadme.
- BAL. Vamos, no hay duda; está loco.
- TODOS. Sí está loco. (*Vánse todos, menos Durand y Roberto.*)

ESCENA VIII.

DURAND, ROBERTO.

- ROB. Vamos, señor Durand...
- DUR. Todavía!.. Ah! Eres tú, Roberto!
- ROB. Sosegaos y tened valor.
- DUR. Valor!
- ROB. Lo necesitáis mas que los demas, porque tenéis familia.

- DUR. Ah! Miserable de mi... todo lo olvidaba por ese infame... acaso mi pobre muger... Voy...
(*Va á salir.*)
- ROB. Con qué... subis á vuestra casa? Nada me pedis... y vuestros hijos... Ayer no quiso el amo fiaros...
- DUR. Y hoy soy tan pobre como ayer.
- ROB. Pero hoy, soy yo el amo... y ya sabeis que yo..
- DUR. Dios te lo pague...
- ROB. Vuelvo al instante.
- DUR. Por mi Henriqueta... por ella me afligia la idea de volver á casa sin nada.
- ROB. (*Que trae dos panes.*) Tomad y marchad pronto.
- DUR. Gracias, gracias! (*Sale Dobincourt.*)

ESCENA IX.

Dichos, DOBINCOURT.

- DOB. Poco á poco.
- DUR. Ah!
- ROB. El amo!
- DOB. Ese pan está pagado?
- DUR. No.
- DOB. Lo siento. (*Se lo quita.*)
- ROB. Pero...
- DOB. Calla y adentro. Yo lo mando.
- ROB. Es una infamia, una picardia!
(*Dobincourt le empuja y le hace entrar en la tienda.*)

ESCENA XI.

DURAND.

Hoy tambien entraré en mi casa sin llevar nada... (*llorando*) Hijas mias!... No, no es ahora ocasion de llorar. Ahora es preciso tener valor... llevar estas cartas... con lo que me den por el porte... Despues lo devolveré... pero mis hijos necesitan pan... Vamos, ésta (*saca una carta de la caja.*) De Marse-lla... está franca. Oh! En toda me persigue la desgracia. (*saca otra.*) Al señor baron de Monrose... Es para él... Oh! Dios mio! (*to-cando la carta con cuidado.*) No puede en-

gañarme mi larga práctica... hay dentro billetes de banco... para él... para el hombre que me ha robado treinta mil francos. Yo no tengo pan para mis hijos y él va en carruages... Ah! Maldito sea el demonio tentador que me ha puesto esta carta en las manos... Resistiré, porque al cabo es un crimen, un robo... No, no, es justicia: son míos estos billetes. Es el cielo quien me los envía, quien me inspira la voluntad de recobrar lo mío, para dar pan a mis hijos... sí, para mis hijos... (*Rompe el sobre.*) Ah! En este sitio! Si me ve alguno! No, nadie... Desgraciado de mí! Qué he hecho!.. He abierto la carta y me he perdido! En vano me dice mi conciencia que éste dinero era mío, quién se atreverá a sostenerlo ante los tribunales?.. Un presidio, un presidio me espera (*Riendo con frenesi.*) Ah! Tenían razón, estoy loco, loco... (*pausa.*) Mas ahora olvidémoslo todo... pensemos en los que mueren acaso de hambre... y después caiga todo sobre mi cabeza. Roberto! Roberto!

ESCENA XI.

Dicho, ROBERTO, DOBIN COURT.

DUR. Dáme ese pan... tengo ya con que pagarlo... toma, toma ese billete de banco. Ah! Soy feliz, muy feliz. ¡Este es el mejor día de mi vida.

DOB. Un billete de banco!

ESCENA XII.

Dichos, ESCRIBANO, Y ALGUACILES QUE
Salen de casa de DURAND.

DUR. Qué es eso? De dónde venis? Qué me queréis?

ESCRIB. Vaya, señor Durand, que ya no nos molestará mas nuestra presencia. Se nos ha pagado.

DUR. Pagado!

ESCRIB. Sí, un inglés á quien salvásteis la vida dejó un bolsillo lleno de oro sobre vuestra mesa.

DUR. }

ROB. } Un bolsillo lleno de Oro!

DOB. }

DUR. Ahora recuerdo... es decir que volvió, cumplió su palabra.

ESCRIB. No lo sé; pero todavía quedan lo menos quinientos francos.

DUR. *(Ap.)* Infeliz de mí! Y he abierto... no importa. *(Alto.)* Ven Roberto... ya no morirán de hambre... mi muger recobrará la salud...

ESCRIB. Vuestra muger...

DUR. Qué?

ESCRIB. Hace un momento que teniéndola vuestra hija en sus brazos, y á pesar de nuestros socorros...

DUR. Acabad...

ESCRIB. Murió!

DUR. Murió! Ah!

(Dá un gran grito y cae al suelo. Todos acuden a socorrerlo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Casa de Monrose. Uua sala ricamente adornada. Dos puertas laterales: la de la derecha da al comedor. Al foro puerta que conduce á la calle.

ESCENA PRIMERA.

MONROSE, ANTONIO.

(Monrose sentado en una mesita ilena de papeles. Antonio de pie y como esperando órdenes.)

MONR. Habrá mas convidados de los que yo creia. Veinte y cinco cubiertos en vez de veinte. Avisalo al cocinero, que ya sabe lo que quiero. Tres servicios de lo mas esquisito... que nada se olvide. Luego llevarás estas cartas. *(Antonio toma las cartas y váse.)*

ESCENA II.

MONROSE.

Digan lo que quieran, tengo que arreglar otra vez mis negocios. Mis acreedores pondran el grito en el cielo, y sostendrán que es demasiado dos veces en tres años, pero al cabo callarán y pasarán por lo que yo quiera. Ese miserable Durand que se atrevió hace una hora á insultarme y á pouer su mano sobre mí, perderá su empleo... aunque no... dejémosle chillar, que yo me marcharé de Paris y no lo oiré. Por lo demas no soy ningun niño, mis cuentas están en regla, y las leyes me protejen. Dicen los tontos, echándola de filósofos, que el oro es una quimera; y que no constituye la felicidad. Concedo que no

la constituye ; pero la compra, y el resultado es el mismo... Mi hermana!

ESCENA III.

Dicho, ELENA.

- ELEN. (*Entreabriendo la puerta.*) Se puede entrar?
- MONR. Ya sabes Elena que cuando estoy trabajando no me gusta que me interrumpen.
- ELEN. Y á mí, hermano mio, no me gusta que me pongan nunca mal gesto. Mas de dos horas hace que estas enredado con esos papelotes.
- MONR. Vamos ; y que quieres ?
- ELEN. Yo ? Nada ; solo verte porque estaba aburrida... dime, se que tienes hoy mucha gente convidada á almorzar... Estará tambien Lord Darnley ?
- MONR. Cómo habia de faltar tu futuro esposo ?
- ELEN. Me alegro.
- MONR. Con que en efecto lo quieres mucho ?
- ELEN. Yo ! Sí... me parece muy amable y le considero capaz de hacer feliz á una muger. Ya ves, tiene veinte y ocho años, excelente carácter, talento, generosidad... y es millonario ! Oh ! todas mis amigas se van á morir de envidia, porque ninguna de ellas ha podido hallar un marido como él que todas imaginábamos en el colegio ; yo sola lo he logrado. Ah ! Me acuerdo todavia de lo que decíamos diariamente : Una muger casada es feliz, cuando es dueña de su casa, cuando puede ir donde quiere, y cuando tiene palco en la ópera y en el teatro italiano, coche, diamantes y cachemiras. Yo tendré todo esto, no es verdad ? Luego seré muy feliz.
- MONR. Y luego dirán que los colegios de niñas no son utilísimos ! Bien, Elena, muy bien discurrido. Yo tambien deseo ese enlace, y ahora mas que nunca es preciso que se verifique.
- ELEN. Preciso !
- MONR. Mira Elena, soy tu hermano y tutor, y debo tener contigo completa confianza... aunque quizás seas demasiado atolondrada para comprenderme.
- ELEN. Mil gracias por la lisonja.
- MONR. Desde que me he metido en el *mare magnum*

de los negocios mercantiles, he intentado para enriquecerme pronto varias especulaciones que no siempre han sido felices. Por lo mismo mi capital no es mucho mayor de lo que era hace algunos años, y no preveo que pueda aumentarse tanto y tan pronto como yo quiero, sino recorro al único medio infalible.

ELEN. Cual?

MONR. Uno que está muy en uso y que ya me ha salido bien una vez.

ELEN. No te entiendo.

MONR. Yo debí dos millones de francos que tengo en mi poder en buenos billetes de banco. Fuera de este débito asciende mi capital á quinientos mil francos. Pues bien, cedo todo el capital á mis acreedores y me guardo los dos millones, es decir, que les reparto veinte y cinco por ciento de sus créditos... no se pueden quejar... y si diera un sueldo mas mis compañeros en el arte de hacer fortuna dirian que echaba á perder el oficio.

ELEN. Ay Dios mio, Victor! Me haces temblar.

MONR. Por qué?

ELEN. Porque... dime, despues de haber hecho eso se puede seguir siendo hombre honrado?

MONR. Pues es claro; se tiene coche.

ELEN. Y las cantidades que Lord Darnley tiene en tu poder entrarán en la quiebra?

MONR. Oh! Eso no; son cosas tuyas. Luego que me haya declarado en quiebra, saldremos de Paris é iremos á Inglaterra con nuestro amigo. No quiero presenciar las quejas y lamentos de mis acreedores que te aseguro no divierten. Así que hayamos pisado aquella tierra hospitalaria, te casas con Lord Darnley y en dote le devolveré una cantidad que en rigor y legalmente será mia. Ya ves como sé sacrificar mi interés cuando tu felicidad lo exige.

ELEN. Ah! No quiero pensar ya en esa felicidad que tanto me halagaba. Cierto que es suerte digna de envidia el tener oro, diamantes, y oírse llamar milady, pero obtener esto á costa de...

MONR. No seas niña, te aseguro que dentro de poco no te parecerá extraño.

ELEN. Siempre!

MONR. Ya lo veremos.

ESCENA IV.

Dichos. ANTONIO.

ANT. Aquí está Lord Darinley.

ELEN. Cielo!

MONR. Que entre, que entre... Para él siempre estamos visibles, mi hermana y yo. (*Vase Antonio.*)

ELEN. Me falta el valor. Si llega á creer que yo apruebo tu conducta!...

MONR. Pues bien, saludalo y vete.

ELEN. Pero...

MONR. Véte... (*Ap.*) Estas muchachas no tienen sentido común.

ESCENA V.

Dichos, LORD.

LORD. Amigo mio, muy buenos días. Señorita...

ELEN. Milord!..

LORD. Qué teneis? Noto que estais triste! Tendriais algun pesar?

ELEN. No...

MONR. Nada tiene, amigo mio, nada. O mas bien su pesar es tan natural; y al mismo tiempo tan insignificante...

LORD. Qué es?

MONR. Hablábamos de su matrimonio y de la posibilidad de que este enlace motivase nuestra separacion. A pesar del cariño conyugal, tiene el fraternal todavía fuerza para entristecerla un momento. Pero es tristeza pasajera, y vuestro triunfo seguro... Ya veis que iba á marcharse, y vuestra presencia la detiene haciéndola olvidar sus quehaceres de ama de casa. (*Bajo á su hermana.*) Vete, vete.ELEN. Me retiro, Milord, para evitar las chanzonetas de mi hermano. (*Ap.*) Me da rubor el mirarlo. (*Alto*) Adios Milord.(*El Lord la acompaña y ella vase.*)

ESCENA VI.

MONROSE, EL LORD.

- LORD. No he querido detenerla porque tengo que hablaros á solas.
- MONR. Estoy á vuestras órdenes.
- LORD. Desde que nos separamos me ha sucedido una aventura ..
- MONR. Desgraciada?
- LORD. Pudo serlo, porque despues de robarme estuve dos dedos de ser asesinado.
- MONR. Qué me contaís?
- LORD. No os asustéis; porque parece que está escrito allá arriba que mi viage á Francia no puede salir mal. Por un momento en que distaba el puñal un pelo de mi garganta, desconfié de mi buena suerte y me pareció que no era todo bueno en la capital del mundo civilizado; pero al fin gracias al cielo escapé con un araño y teniendo la dicha de proporcionarme un nuevo amigo.
- MONR. Pues cómo?
- LORD. Sí... el que me salvó la vida, que es un infeliz con muger é hijos y sin tener un sólo sueldo para darles pan... Yo quiero hacer á toda esa familia rica y dichosa... oh! lo he jurado y cumpliré mi palabra. Para eso, amigo mio, queria hablaros, y por eso no he estado con mi futura esposa tan galante como de costumbre. Necesito que me deis dinero, mucho dinero, y os dejo al momento. Conque despachemos.
- MONR. (*Ap.*) Demonio! Eso no me tiene cuenta. (*Alto.*) Muy bien amigo mio; todo lo arreglaremos despues de almorzar.
- LORD. No, no; ahora mismo... dispensad mi importunidad, pero ya comprendereis el motivo... Hace cuatro horas, cuatro horas lo menos que me separé de mi libertador .. y su muger estaba moribunda y sus hijos lloraban .. Si estuviese una hora mas sin ir á verlo y sin asegurar su suerte seria un ingrato, un miserable. No, no quiero... dame dinero.

ESCENA VII.

Dichos, ANTONIO.

ANT. Los convidados han llegado y esperan.

MONR. (*Ap.*) Respiro! (*Alto.*) Voy á recibirlos.
(*Vase Antonio.*)

LORD. Cómo! Os vais sin responderme?

MONR. Ya veis que ahora no puedo... que la política exige...

LORD. El honor y la gratitud exigen tambien que antes que todo piense yo en el que me salvó la vida... y en Inglaterra, en Francia y en todo el mundo es antes el honor y la gratitud que la política.

MONR. Nada de negocios antes de almorzar; despues me teneis enteramente á vuestras órdenes.

LORD. Ah!

MONR. Yo tambien comunicaré á vos y á los demas convidados un negocio de importancia. Venis?

LORD. No, no tengo gana. Adios.

MONR. Os habeis enfadado?

LORD. No... nada de eso... Es fácil concebir que vos no participeis de mi entusiasmo ni de mi inquietud... Adios, volveré dentro de una hora.

MONR. Pero...

LORD. No querais detenerme... Puesto que no podeis darme ahora el dinero que necesito, lo iré á buscar á otra parte.

MONR. A otra parte? Y decis que no os habeis enfadado!

LORD. Pues bien, sí, no sé ocultar lo que siento... Esta leve disputa me ha dado mas pesar que todo lo peor que me ha sucedido desde mi llegada á Francia. Contaba con vuestra amistad, y os encuentro frio y egoista, y cuando os pido como favor lo que en realidad no podeis negarme, me respondeis: en almorzando... Sí, estoy ofendido, y mucho. Ahora marchaos con vuestros convidados, que yo pensaré en divertirme cuando haya cumplido mi deber.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

Solos, MONROSE.

Demonio de hombre que no hace nada como los demás! Me hubiera sido muy fácil mientras almorzábamos, disponerlo bien en favor de mi negocio, y justamente se marcha cuando mas lo necesito... Tratemos al menos de entretener los convidados hasta que vuelva. (Llamando.) Antonio. (Sale.) Que sirvan el almuerzo.

ANT. Muy bien, Señor! (Vase Monroe.)

ESCENA IX.

ANTONIO, varios criados.

ANT. (Yendo al bastidor.) Servid el almuerzo. (Varios criados atraviesan la escena llevando platos.)

ANT. (Bajando al proscenio.) Bien; excelente casa... todos los días convites, fiestas, reuniones... esto es un paraíso... Vivan los hombres que saben hacer buenos negocios y llevan alegre vida... hasta á los criados llega el bien... Yo reuno mi salario y los regalos, presto á interés... La gente honrada del barrio deposita en mi poder sus ahorros, y un dia cuando la caja esté repleta, reuno mis acreedores, les digo que he hecho especulaciones desgraciadas, les ofrezco el veinte por ciento de su dinero, aceptan por no perderlo todo, y yo con el resto me voy á vivir honradamente á una provincia. (A los criados.) Llevad el champagne.

CAR. (Dentro.) Dejadme verla por piedad.

ANT. Qué es eso?

(Se dirige al foro, y sale Carolina, á quien procuran detener dos criados.)

ESCENA X.

ANTONIO, CAROLINA.

- ANT. Qué quiere esa jóven? No está visible el amo.
 CAR. No es á él á quien yo quiero ver, sino á su señora hermana.
 ANT. No puede ser.
 CAR. Es indispensable que la hable de un negocio importante.
 ANT. Os repito que en este momento no pueden los señores recibir á nadie.
 CAR. Por Dios os suplico que me dejéis hablarla... no saldré de aquí sin lograrlo.

ESCENA XI.

Dichos, MONROSE que entra en la escena con un vaso de champagne en la mano.

- MONR. Qué ruido es ese?
 ANT. Señor, no he podido detenerla!
 MONR. Señorita!... Podré saber...?
 CAR. Supongo que seréis el señor baron de Monrose?
 MONR. Vuestro servidor.
 CAR. Vuestra señora hermana fue mi amiga y compañera de colegio en tiempos mas felices para mí; y confiando en nuestra antigua amistad venia á confiarla un secreto... que vos en primer lugar debéis saber.
 MONR. Yo!
 CAR. Si... mi intencion era suplicarla que intercediese con vos en favor de mi padre...
 MONR. (*A Antonio dándole el vaso.*) Idos. (*Vase Antonio.*)

ESCENA XII.

MONROSE, CAROLINA.

- MONR. Hablad, señorita, que aunque vuestro padre se haya portado muy mal conmigo, habiéndome insultado esta mañana publicamente... por vos

- estoy dispuesto á perdonarle... por vos solo.
- CAR. Pues ahí está. (*Mostrando el foro.*)
- MONR. Quién? Vuestro padre?
- CAR. He querido que viniera conmigo, diciéndole que yo vería á vuestra hermana, y que ella estorbaría la nueva desgracia que nos amenaza, mucho mayor que las demas. Espera el resultado de mi entrevista con vuestra hermana.
- MONR. Y qué quiere de mí? Que guarde silencio acerca de sus insultos, y que no le haga perder su empleo? Mucho espera de mi indulgencia.
- CAR. Ah! Ojalá que no se le hubiese devuelto el tal empleo... no tendría yo necesidad de implorar ahora vuestra generosidad, y de arrodillarme ante vos para pedirlos por mi padre. (*Se arrodilla, y Monrose quiere levantarla.*) Oh! No me levantaré hasta que me hayais prometido salvar su honor.
- MONR. Su honor! No puedo comprender. (*Ap.*) De todos modos no quiero ser con ella inexorable. (*Alto.*) Pues bien, señorita, os lo prometo.
- CAR. Gracias, caballero, gracias... No se como expresaros mi gratitud por tanta bondad. Voy á llamar á mi padre, y á decirle..
- MONR. No, no, no quiero su gratitud... sea cual fuere el favor que le hago, y si es cierto que le salvo el honor, no lo hago por él, á quien guardo rencor! Pero, quién sería capaz de resistiros? A quién no enternecerian vuestras lágrimas? Pero no debéis verterlas ni el llanto empañar vuestra belleza. Ojos como los vuestros no son hechos para llorar. (*Quiere besarla la mano.*)
- CAR. Caballero!... Ah! Dejadme... (*Para sí.*) Hace una hora que murió mi pobre madre... (*Alto.*) Padre! Venid!

ESCENA XIII.

Dichos; DURAND.

- DUR. (*Entrando á pesar de Antonio y otros criados.*) Carolina! Me llamabas!
- CAR. Yo! (*Ap.*) Ah! Acaso le he perdido. (*Alto.*) No, padre, no... mas el señor baron me ha concedido vuestro perdón y he creído que debíais darle gracias.

DUR. Mi perdon! (*Ap.*) Dependier así de tal hombre!

MONR. Veo que por una casualidad que no comprendo, y que espero me expliquéis, os presentais á mi vista sin prodigarme insultos y amenazas.

DUR. (*Ap.*) Dios me dé fuerzas para contenerme!
(*Alto.*) Este dinero es vuestro. (*Coloca unos billetes sobre la mesa.*) Ahora depende mi suerte de vos... podeis hacer lo que querais.
(*Admiracion de Monrose.*)

CAR. Me habeis dado vuestra palabra, señor baron.

MONR. Pero, si ese dinero es mio, ¿cómo esta en vuestro poder?

DUR. Cómo!... Esta carta dirigida á vos... me atreví en mi delirio...

MONR. (*Quitándole la carta.*) Infeliz, qué habeis hecho?

CAR. Acordaos, caballero, de vuestra promesa. (*Se abre la puerta del foro y se presenta un comisario con dos ministriles. Se detienen Al mismo tiempo entra Elena con los convidados por una puerta lateral.*)

ESCENA XIV.

Dichos, ELENA, COMISARIO, ministriles y convidados.

MONR. (*Sin volverse.*) Violar la pública correspondencia un cartero!

CAR. Hablad bajo por Dios!

MONR. Es una infamia, un robo!

CAR. (*Viendo al comisario.*) Ah! (*bajo á Monrose.*)
Callad!

DUR. Ya es tarde, hija mia; deja que el que me ha despojado de todos mis bienes me envíe tambien á presidio.

COM. (*A los ministriles señalando á Durand.*) Prended á ese hombre.

CAR. (*Arrojándose en los brazos de su padre.*) Padre mio!

ELEN. Pero qué es esto?

CAR. Ella es! Elena!

ELEN. Carolina! Cómo es que?... Tú aqui?

CAR. Ah! Ya que te acuerdas de mí, por qué no

- viniste antes? A tí queria yo implorar en favor de mi padre.
- ELEN. Tu padre!
- MONR. (*Al comisario.*) Mas por qué se verifica esta prision en mi casa? Yo no he dado ninguna queja.
- ELEN. Prision!
- GAR. Sí... prenden á mi padre!
- COM. Esta mañana misina no tenia este hombre ni pan, ni medios de procurarlo, porque el panadero no habia querido fiarle; y media hora despues de que se le entregara en el correo una carta dirigida á vos, cambiaba un billete de mil francos en casa del mismo panadero...
- ELEN. Infeliz!
- COM. Recibí orden de venir aqui, y lo que acabo de oír al mismo dueño de la casa, no me deja ninguna duda.
- MONR. Siento en estremo ser la causá involuntaria de la prision de ese hombre; pero no pude dominar mi indignacion.
- COM. Vos, señor baron, habeis cumplido con vuestro deber; yo cumpliré con el mio. (*A un ministril.*) Traed un coche. (*Vase el ministril.*)
- GAR. Ah! (*Cae en los brazos de su padre.*)

ESCENA XV.

Dichos, el LORD.

- LORD. Un momento, un momento!
- ELEN. Lord Darnley!
- LORD. (*Yendo á Durand.*) Amigo mio! Mi salvador.
- MONR. Qué dice?
- LORD. Todo lo sé. Qué habeis hecho!
- MONR. Con qué sabeis?
- LORD. Todo... Vengo de vuestra casa, amigo mio, he visto á vuestra hija menor que lloraba sobre el cadaver de su madre... con ella estaba un vecino vuestro, mozo de la tahona, á lo que creo, que lloraba tambien, y que me contó todo lo que ha pasado... Solo desde hoy principio á conocer la desgracia. (*á Monrose.*) Tambien he sabido cosas que os conciernen (*Bajo.*) Sé que lo habeis arruinado y que no sois hombre de bien.

- MONR. No os entiendo, Milord. Os han informado mal, habeis sido engañado.
- LORD. No, no; es muy cierto lo que me han dicho y me avergüenzo por vos. (*Al comisario.*) Yo salgo por fiador de mi amigo, ¿qué suma quereis que deposite?
- COM. Milord, no estamos en Inglaterra, y vuestras leyes...
- LORD. Pero dejad á este desgraciado el tiempo preciso para que asista al funeral de su esposa... solo veinte y cuatro horas... yo lord Darnley me obligó por mi honor y con todo mi caudal á presentarlo despues.
- COM. No está en mis facultades concederos lo que me pedis.
- DUR. (*Sosteniendo á Carolina que está medio desmayada en sus brazos*) A vos la confio, á vos extranjero generoso, dejo encargada mi familia, y aquella que ha muerto á tiempo para no verme deshonrado. Aunque solo desde esta mañana me conoceis, habeis comprendido que un momento de desesperacion no puede convertirme en un malvado y no os avergonzais de llamarme amigo. (*Acercándose á Monroe y bajo.*) Vos, caballero, sois rico, yo miserable; vos gozais de consideracion, yo voy á verme deshonrado por una sentencia infamante. Sin embargo, no trocariá mi conciencia por la vuestra; porque los hombres de bien me compadecerán y á vos os desprecian. Yo os he restituido todo lo que os pertenecía; y aun quando hubiese faltado el precio del pan que queria dar á mis hijos en cambio de mi honor, seria una bien triste compensacion de los treinta mil francos que me robásteis.
- MOYR. Es demasiado triste vuestro estado, para que pueda darme por ofendido de la injuria que me haceis.
- DUR. Adios, hija mia, adios... No me oye! Carolina! Su mano está helada!
- (*Elena y las otras mugeres rodean á Carolina, á la que Durand ha puesto en un sillón.*)
- DUR. (*Al lord.*) Cuidad de esa infeliz!
- LORD. Contad conmigo.
- DUR. Adios, milord.
- LORD. Adios, amigo mio...
(*Vase con los ministriles.*)

ESCENA XVI.

Dichos, menos DURAND y ministriles.

DAR. Elena! Esta casa!... Y mi padre? dónde está? ..
Respondedme... Callan todos... Se le han lle-
vado. (*Oyese ruido de un coche.*) Deteneos, de-
teneos! Padre mio! Dejadme!
(*Vase. Las mugeres se van detrás.*)

ESCENA XVII.

EL LORD, MONROSE, *convidados.*

LORD. (*A Monrose.*) Ahora señor mio, necesito que
me entregueis todos los fondos que teneis mios.

MONR. Oh! Permitidme un momento para reunir mis
ideas. La escena que acaba de pasar me ha tras-
tornado... Ese Cartero que á pretexto de que
sus hijos no tienen pan, se cree autorizado á
abrir una carta.

LORD. Callaos, y limitaos á responder á lo que se os
pregunta. Cuando pienso que ese hombre hon-
rado no tiene en el mundo mas amigo que yo...

Vamos, acabemos.

MONR. Bien. Señores, tomad asiento.

LORD. Para qué?

MONR. Haced lo que os suplico. (*Todos se sientan
menos el Lord.*) Os he reunido para comunica-
ros un acontecimiento.

LORD. Qué me importa?

MONR. Un acontecimiento que bien podeis figuraros
es mil veces mas penoso para mí que para
vosotros. Es el caso, amigos mios, que estoy
arruinado, que me veo reducido...

LORD. Eh! Ya tenemos al moralista Monrose que nos
va á anunciar una quiebra.

TODOS. Una quiebra!

MONR. Os agradezco, amigo mio, que me hayais evita-
do el pronunciar una palabra que siempre sale
con dificultad de boca de un hombre honrado.

(*Los concurrentes se levantan todos con mal humor.*)

UN ACREEDOR. Pero, señor baron, es cosa horrible! He
aquí un almuerzo que me cuesta setenta mil
francos.

LORD. (*Mostrando d' Monroe.*) Y para ese hombre no hay leyes! Veo que se acaba mi entusiasmo por Francia.

MONR. (*Con frialdad.*) Si señores, una especulacion desgraciada me obliga á presentarme en quiebra; y como sois vosotros mis principales acreedores, he creído deber informaros de mi desgracia y haceros proposiciones. Ofrezco veinte y cinco por ciento.

AGREED. Al contado?

MONR. Si señores, al contado; y hecho esto me quedo reducido á la miseria.

(*Los concurrentes excepto el Lord hablan bajo entre sí.*)

LORD. Vuestra miseria no es mas que una quiebra fraudulenta.

MONR. Cómo decís eso, amigo mio?

LORD. Yo amigo vuestro! Robadme cuanto querais pero no me injuriéis.

MONR. No reparéis, señores en lo que dice Lord Darley, porque como no sabe bien nuestro idioma ignora el valor de las palabras.

LORD. Lo conozco lo bastante para saber que vuestro nombre, querrá siempre decir en buen francés infame y miserable.

MONR. Me insultais, Milord, y os pido satisfaccion.

LORD. Satisfaccion! Quereis batiros conmigo? Dudo mucho que lo penseis y que deseais tanto pasar por hombre de bien que querais recurrir á la punta de la espada... Lo que es yo no quiero batirme con vos. Un miserable, un infame puede muy bien batirse sin que nadie crea en su honor y sin que nadie le de su estimacion; mas esta reunion de acreedores de que yo formo parte, es una prueba que ningun desafio puede destruir. Y pues la habeis dado delante de tantos testigos, no he de ir á jugar mi vida por la vuestra. Si teneis un hermano, un amigo, un criado, el ente mas oscuro que haya en el mundo, que se atreva á contradecirme me batiré con él: Pero con vos, no es igual la partida. Yo arriesgaría un caudal de millones que es verdaderamente mio y una vida intachable; vos el dinero de los demas y vuestra infamia. Con hombres como vos, nadie se bate porque solo merecen desprecio.

MONR. (*Ap.*) Estos ingleses no se civilizarán nunca.

ACREED. Señores, dejad una discusión que no tiene que ver con el negocio que nos ocupa. (*A Monroe.*) Digisteis que veinte y cinco por ciento al contado?

MONR. Si señores, es todo lo que poseo. (*Sacando un papel.*) Si aceptais mis proposiciones, tened á bien firmar este documento redactado de antemano y que leeréis.

(*Lo da á uno.*)

LORD. Yo nada firmaré, porque aceptar veinte y cinco por ciento es hacerse cómplice de vuestra infamia.

MONR. Como queráis, pero no hacéis bien. (*Bajo.*) Ya veis como todos esos señores firman sin que se les ruegue. Saben bien lo que hacen y cuentan con la revancha. (*Mas bajo.*) Amigo, sois muy torpe y os enfadáis sin razon. Como imagináis que quiera yo haceros perder vuestro dinero... Nada de eso... se os entregaran vuestros cuatrocientos mil francos como dote de mi hermana. Ya comprendéis?

LORD. (*Bajo.*) Acabais de hablar de una persona cuyo recuerdo me desgarrá el alma. No soy tan injusto que haga responsable á vuestra hermana... y confieso que la amó; pero...

MONR. (*Ap.*) Cederá!

ESCENA XVIII.

Dichos, CAROLINA, ELENA.

CAR. (*Entrando con viveza seguida de Elena.*) No, no quiero estar mas aqui. Prefiero morir á las puertas de la prision de mi padre. Ah! mi lord, sacadme de aqui.

LORD. Venid conmigo, señorita, y contad con que siempre tendreis en mi un amigo y un hermano. Os doy gracias, Elena, por vuestras atenciones para con esta jóven. Adios... Ayer, cuando solo conocia el nombre de la desgracia, soñaba aun en un porvenir que es ya imposible.

ELEN. (*Ap.*) Ah!

LORD. Solo pensaba en vos y en nuestro casamiento; pero la desgracia que abrumba al hombre que me salvó la vida, me prohíbe por mucho

tiempo, y acaso por siempre la alegría y la dicha. Os amaba y llora mi corazón al dejaros, pero antes que mi pesar es mi deber. No puedo ser amigo de vuestro hermano; y todos mis cuidados y trabajos serán para la familia de su víctima. Adios.

ELEN. (*Dejándose caer en una silla.*) Adios.

MONR. (*Bajo.*) Tengo otro buen partido para ti.

ELEN. Ah hermano!

LORD. (*A Carolina.*) Vamos, señorita, vamos á cumplir los últimos deberes para con vuestra madre. (*Vanse los dos.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Han pasado tres meses. Representa el teatro una de las salas bajas que separan el palacio de Justicia de la carcel llamada Consergería. Al foro una reja abierta. Puertas laterales, la de la izquierda dirige al tribunal, la de la derecha á la Consergería. Al levantarse el telon se ven varios abogados pasar del uno al otro lado con papeles. Muchos gendarmes van y vienen en todas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

DOBINCOUR, ROBERTO, *abogados, gendarmes.*

(Dobincour y Roberto entran por la izquierda.)

- ROB.- Vaya si hay aqui salas, corredores y pasillos! Puede uno perderse aqui veinte veces en un minuto.
- DOB.- Eso podria suceder al que como yo no conociera bien estos sitios. Yo he tenido el honor de ser varias veces individuo del jurado.
- ROB.- Y en dónde estamos ahora?
- DOB.- *(Mostrando á la derecha.)* Esa puerta da al paso de la Consergería al palacio de Justicia que es este. Dentro de un momento saldrá el Cartero de su calabozo y pasará por aqui para ir al tribunal; y al cabo de una hora si lo condenan, como supongo, volverá por aqui á la carcel.
- ROB.- Pero se os figura que han de tener valor para condenarle.
- DOB.- Indudablemente... Despues de la sesion de ayer y vistas las declaraciones de los testigos prin-

cipales es imposible que le absuelvan. Oh! Y si no se escarmentase á los malhechores, se verian muchos mas crímenes de los que se ven, que no son pocos. Se veria uno espuesto diariamente á ser asesinado y robado en su casa. Nada, nada, justicia seca, justicia, y punto concluido.

ROB. Mirad, señor Dobincourt, ¿sabeis lo que á mí me parece? Pues sin que sea visto ofenderos se me figura que la justicia es como un amo; cuando se le mete una cosa en la cabeza, aunque sea el mayor disparate del mundo, es inútil tratar de probarle que se equivoca; nunca quiere confesar que ha hecho ó dicho una bestialidad. Eso creo yo que es la justicia.

DOB. Ah! Roberto, Roberto, tú la vas echando de sabio y te pierdes.

ROB. Pobre señor Durand! Aun me parece verlo sentado entre aquellos dos galafates de gendarmes. Con sus blancos cabellos y su aspecto abatido me traspasó el corazón! Pues, y su hija Carolina! Jesus, Dios mio!

DOB. Ya salimos otra vez con Carolina. Roberto, te amonesto por la última vez, que desaprobe esa intempestiva sensibilidad y ese amor á la hija de un reo... de un criminal. Porque ello es muy sencillo; pregunta al jurado: Es cierto que ese cartero abrió una carta que no era para él? Sí. Es verdad que se apoderó de unos billetes de banco que contenia la tal carta? Tambien sí. No está probado que dispuso de uno de los billetes como si fuese suyo? Siempre sí: luego es culpable y debe ser castigado. No oiste ayer al procurador del rey? Cómo habló contra los ladrones! Cómo trató á todos esos picaros! Vamos, si en oyéndole hablar sueña uno con robos y escalamientos; de tal manera que ayer mientras que peroraba se me figuró que el que estaba á mi lado espiaba la ocasion de escamotearme el reló y me metí la cadena en el bolsillo.

ROB. Callad que aquí viene.

DOB. Quién?

ROB. La señorita Carolina con su hermana y ese inglés jóven que no se separa de ellas.

DOB. Ah sí! Lord Krehesley... ó Camey un nombre muy raro.

nób. Mirad, como lloran las pobrecitas.

ESCENA II.

Dichos, LORD, CAROLINA, HENRIQUETA,

DOB. Como hay valor para acompañar á la hija de un hombre que probablemente... Hagámos como si no lo conocemos y volvamos á la sala de los testigos. (*Ráse.*)

ROB. (*Para sí mirando al Lord.*) Oh! Qué dichoso es por ser Milord y por poder consolarla!... Yo soy tan pobre! El tiene oro y yo no tengo mas que lágrimas

(*En tanto han bajado al proscenio el Lord y las dos.*)

CAR. Gracias, Milord, mil gracias. Contáis presenciar esta última sesión?

HENR. Nos protegeréis hasta el fin?

CAR. Y no teméis que recaiga en vos una parte del oprobio que alcanza á los hijos de un reo? Porque todos dicen que es culpable.

LORD. Y qué me importa á mi lo que puedan decir? A mis ojos la sola culpa de vuestro padre es la de haber sacrificado hasta el honor por dar pan á sus hijos. Y en realidad no se si esto es en vez de falta una virtud.

ROB. (*Ap.*) Bien; piensa como yo el Milord. Por lo que ha dicho me estorba que tenga celos de él.

LORD. Pero ya sabéis que tengo que separarme de vos por algunos instantes. Ya he hecho dar al tribunal y á algunos de los jurados la memoria que redacté en defensa de mi amigo; pero aun no la tienen todos y quiero que se reparta profusamente, que la curia y el público puedan apreciar en su justo valor lo que llaman crimen. No quisiera dejaros solas en este sitio; y no tengo á nadie.

ROB. Nadie! Aquí estoy yo.

LORD. Tú! Sí, en efecto; tambien este se ha interesado en vuestra suerte y ha declarado á nuestro favor.

CAR. Amigo mio!

ROB. Ah! Señorita! (*Ap.*) Su amigo! (*Alto.*) Vaya Milord, en dónde están esas memorias que hacen falta?

LORD. En mi coche... delante de la puerta principal (*Escribe con tapiz en la hoja de una cartera.*)

ROB. Toma, enseña eso al cazador y te las entregará. Voy corriendo y repartiré en todas partes. Daré á los jueces, á los abogados, á los escribanos, á los gendarmes, á los sargentos de villa, á todo el mundo. Señorita Carolina, nunca olvidaré que me habeis llamado amigo vuestro.

ESCENA III.

Dichos, menos ROBERTO.

CAR. Si lográsemos que ese escrito persuadiera á los jueces!

HENR. Cómo no lo has de persuadir?

CAR. Que os parece á vos?

LORD. No se... en nada tengo ya fé desde la última quiebra de Monrose y la prision de vuestro padre. Aquel se ve rico, tiene numerosos amigos y dispone del oro que ha robado, llenando todas las condiciones que establece el Código. Tiene las leyes en su favor y nada que temer... ¿cómo quereis que tenga confianza en estas leyes, aunque sea respecto á un hombre honrado cuyo único delito es la miseria, el amor paternal y un momento de desesperación?... Sobre todo temo á los intérpretes de estas leyes, que son como los subalternos que se escuden siempre en el cumplimiento de las órdenes que reciben: los unos hacen aborrecer á sus superiores, los otros hacen maldecir la legislación.

CAR. Con que no queda esperanza!

HENR. Dios mio!

LORD. Perdonadme si os niego algun consuelo; pero en los últimos tres meses que han pasado, se ha mudado mi carácter; he visto desaparecer mi confianza, mis ilusiones, todos los sueños de mi juventud... Detesto la Francia tanto como la amaba, y dejé á mi madre por verla... Pero olvidó vuestros pesares, y que solo debo tratar de enjugar vuestras lágrimas.

HENR. Hermana, hermana... mira ya traen á papá.

CAR. Padre mio!

(Las dos se arrojan en los brazos de Durand.)

ESCENA IV.

Dichos, DURAND, GENDARMES, ESCRIBANO.

(*Durand despues de haber abrazado á sus hijas, dá la mano al Lord.*)

ESCRIB. Milord, tened la bondad de retiraros, porque solo á los parientes es permitido...

LORD. Yo creo que bien puedo considerarme como pariente ¿no es cierto?

DUR. Por desgracia no se consulta aqui mi voluntad!

ESCRIB. No podéis estar aqui sin un permiso del señor Presidente.

LORD. Dónde está el Presidente?

ESCRIB. Os guiará un gendarme.

(*Hace señas á uno.*)

LORD. Vuelvo al momento.

ESCENA V.

Dichos, menos el LORD.

DUR. Hijas mías, voy á ser sentenciado .. y quizás no me resta ya en el mundo mas que este solo momento para abrazaros.

LAS DOS. Padre!

DUR. No trateis de infundirme esperanza, huiria tan pronto que seria muy triste consuelo. No hay que dudarlo, seré condenado á presidio, y el presidio es para mi la muerte.

LAS DOS. La muerte!

CAR. Quereis que perdamos la consoladora idea de que algun dia volvereis á nuestro seno! Oh! No; seria cosa horrible!

DUR. Mas horrible seria para mi la vida. Ignoras, Carolina; que á mi vuelta tendria que sufrir un castigo mil veces mas cruel? No sabes qué por todas partes me señalarian con el dedo diciendo: mirad á Durand, el galeote, Durand, el presidiario.. Oh! Morir mejor mil veces!

ESCRIB. Ha principiado la sesion y se os espera.

CAR. Ah!... Nosotras os acompañaremos.

HENR. Si... podemos ir con nuestro padre, no es verdad?

(*El escribano dice que si.*)

CAR. Al veros rodeado de vuestras hijas, y sabiendo

que solo por nuestro amor sois culpable, no tendrán valor para sentenciaros.

DUR. Quíralo Dios.

(Vase por la izquierda con Carolina y Henriqueta.)

ESCENA VI.

ROBERTO, Despues el LORD.

ROB. (Dentro derecha.) Ya os he dicho que puedo entrar; tengo permiso del señor presidente. (Entra.) Gracias á Dios!... No hay nadie... Si ya?...

(Mira al bastidor.) Ha principiado la sesion. Pobre señor Durand! Tengo tanto miedo como si fuese yo el acusado.

LORD. (Entrando derecha.) Ya lo obtuve .. (A Roberto.) Estás aqui ya!

ROB. Mirad, milord, todos tienen la memoria; desde aqui podeis verlo.

LORD. Gracias, amigo, gracias.

ROB. Ois? es vuestro abogado.

LORD. Sí.

ROB. Escuchemos. (Pausa.) Dice muy bien! Tiene razon!

LORD. Calla!... Yo quisiera entrar.

ROB. Y yo tambien; pero vamos á incomodar á todos.

LORD. Es cierto, quitaríamos la atencion.

ROB. Quedémonos aqui.

LORD. Si, no quiero que pierdan ni una palabra. (Se cierra la puerta del tribunal.)

ROB. Han cerrado la puerta y no podemos ver nada.

LORD. Ni oír... Tengo una inquietud!

ROB. Y yo!... Estoy temblando! Vos tambien, milord!

LORD. Con tal que el abogado no vaya á olvidar ninguno de los argumentos que hemos concertado juntos.

ROB. No, no los olvidará.

LORD. Oh! Daria diez años de mi vida por el buen éxito.

ROB. Y yo daria mi vida toda por enjugar las lágrimas de la pobre señorita Carolina.

LORD. Ah! Dices bien; esa idea es noble, y tu eres un excelente muchacho.

ROB. A vos, milord, nada se os importarán las alabanzas en mi boca que soy un pobre diablo; pero estad seguro de que me echaria al fuego por vos. Sin embargo, os confesaré que hasta ahora

- no me gustaban mucho los señores de alto co-
pete; y aun si va á decir verdad los aborrecia.
- LORD. El cielo ha querido que nos reunamos en es-
te sitio con tan distinta patria y condiciones
para confundir nuestros temores y nuestras es-
peranzas con relacion á un mismo objeto; pa-
ra temblar y llorar juntos. Venga esa mano,
jóven... y en cualquiera parte donde nos en-
contremos, siempre tendré presente que nos he-
mos visto aquí entre la cárcel y el tribunal,
mientras se decidia la suerte de nuestro amigo.
- ROB. Yo, jamás lo olvidaré.
- LORD. Pero dime, yo estoy enlazado á esa familia por
el agradecimiento: Durand me salvó la vida,
pero tú nada le debes y tu amistad esmas des-
interesada.
- ROB. Os engañais, milord.
- LORD. Pues cómo?
- ROB. Amo á la señorita Carolina.
- LORD. La amas?
- ROB. Oh! Pero sin esperanza... aunque la amaré to-
da mi vida.
- LORD. Sin esperanza! Por qué? Te falta oro? Yo te
daré.
- ROB. De veras?... Pero eso no basta, para que ella
pudiera amarme seria necesario que yo tuvie-
se otros... otro aire... otra educacion... en fin
mucho que no tengo.
- LORD. Mira. Despues que he estrechado tu mano, y
te he llamado amigo, no crearás que quiera hu-
millarte... Tal como eres... no convienes en
efecto á Carolina. Tendrás valor para mere-
cerla?
- ROB. Oh! Sí, si...
- LORD. Y para adquirir á fuerza de estudio y de tra-
bajo esa educacion que te falta?
- ROB. Estoy seguro de lograrlo.
- LORD. Y si Durand fué sentenciado á presidio, no
variaria por eso tu resolucion?
- ROB. Al contrario... porque entonces era cuando la
señorita Carolina necesitaba un apoyo... Pardiez,
siendo ella dichosa, seria buen regalo un ma-
rido como yo. Le sobrarian partidos... Cuando
sea desgraciada es cuando puede tener algun
mérito el ser su esposo, para contradecir la
errada opinion de todos, y para decir á las gen-
tes. Sí, soy yerno de un presidiario; pero me

enyanezco de ellos, y os deseo á vosotros un suegro que tenga la virtud y la honradez del mio. Esto es lo que yo quiero, y pues que vos milord podeis hacer que lo consiga, os pido encarecidamente que lo hagais.

LORD. Pues bien, dentro de un año si la mereces serás su esposo.

ROB. Ah!...

LORD. No me des gracias... no quiero recibirlas. Permite el cielo que este dia tan triste sea para tí el principio de una felicidad que yo no tendré nunca.

ROB. Alguien viene.

LORD. Sin duda se ha pronunciado la sentencia. Tiemblo!

ROB. Pues y yo?

ESCENA VII.

Dichos, CAROLINA, HENRIQUETA.

CAR. Ah! Milord... No sabeis... sí... sí... no es ilusion... absuelto.

LOS DOS. Absuelto!

CAR. Qué talento ha demostrado el abogado! Cómo sabia persuadir á los jueces!... Sobre todo cuando nos mostraba á mi hermana y á mí... despues vuestra memoria que todos tenian y de la que leyó el mismo abogado algunos párrafos... Ah! Porque no estabais allí... Todos lloraban, y por todas partes se oia decir: absuelto, absuelto... En vano nuestro adversario el procurador del rey quiso tomar la palabra... nadie lo escuchaba, sino que nos miraban y lloraban Yo loca de contento con tan inesperado resultado... he venido á contaros... (A Roberto.) Vos, tambien, amigo mio, tomareis parte en nuestra alegria.

LORD. Es increíble!...

CAR. Venid, venid y vereis.

(Van á salir y entra Duresnel con varios abogados.)

ESCENA VIII.

Dichos, DURESNEL y otras personas que no hablan.

DARES. Os doy gracias, señores... en efecto, el empeño

era difícil, y la victoria que he conseguido muy completa.

LORD. Qué dice? Ese no es nuestro abogado.

CAR. No... y no entiendo.

DURES. Evidentemente, despues de la elocuente defensa del abogado, era muy difícil conseguir ventaja... por eso me costó mucho trabajo hacerme oír... Mas al fin triunfé... destruí uno á uno todos los argumentos de la defensa, y Durand fue sentenciado.

TODOS. Sentenciado!

CAR. Sentenciado... infeliz de mi!

LORD. (*A Duresnel.*) Y cuál ha sido la sentencia?

DURES. La que yo pedi, cinco años de presidio.

ROB. Oh! Es horrible!

CAR. Padre mio! No podrá sobrevivir.

LORD. Y vos, señor procurador, creéis haber adquirido hoy derechos á la gratitud de la sociedad?

DURES. Lo creo.

LORD. Mas valé asi; aunque me parece que abrazais con demasiado calor sus intereses. Sois aun muy joven, salís apenas de la universidad; y ya tenéis un cargo que os hace pedir á veces la muerte ó el deshonor de un hombre; y para vos es esto un objeto de amor propio, ó acaso un medio de ascenso en vuestra profesion... Cuando acabais de enviar un infeliz á galeras, habláis con tal ligereza!.. Os considerais feliz en haber logrado tal victoria. Qué diriais del verdugo que dijese en vuestra presencia: eh! qué tal he cortado esa cabeza! Pues bien, lo que vos habeis dicho me causa idéntico efecto.

DURES. Ese lenguaje, caballero!... Hablar del ministerio fiscal...

LORD. No es el ministerio fiscal lo que yo vitupero, sino á vos, á vos solo.

ESCENA IX.

Dichos, ESCRIBANO, GENDARMES y DURAND.

ESCRIB. El reo va á partir para Bicetre.

CAR. Oh!

ROB. }

LORD. } Ah!

BENR. }

(Durand entre gendarmes, con su hija Henriqueta de la mano. Anda con trabajo.)

CAR. No hay ya remedio!

DURES. *(Casi desmayado y sostenido por sus hijas.)*
 Todos lloraron mi desgracia... pero luego ya no vieron mas que el artículo del Código de que son esclavos... Para esos hombres que se dicen infalibles las causas no son nada sino los resultados... Cinco años de deshonra! Oh! No podré tener valor.

HENR. Y CAR. Padre!

(Roberto sostiene á Durand que parece próximo á desmayarse.)

LORD. *(Volviéndose á Duresnel.)* Qué tal, señor Procurador? Estais aun tan satisfecho con vuestra victoria? Ah! Pues que sois magistrado seguid al crimen con severidad y aun con rigor si quereis... Mas cuando hayais logrado vuestro fin, llorad de lástima y pensad que es triste cosa ganar así los procesos. Vuestro empleo será entonces lo que debe ser, noble y honroso. De otro modo no estrañeis el veros comparado con el verdugo.

DURES. No puedo mas.

CAR. Padre!

(Cae desmayado Durand. Todos acuden á socorrerle.)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.

El teatro representa el camino real de París á Bictre, con árboles, y que atraviesa la escena. Al foro, un poco al costado, una elegante casa de campo. Delante un terrazo con arbustos y estatuas. Las ventanas están iluminadas. Se oye á lo lejos música y en la sombra de las cortinas se ve bailar. Poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA.

Monrose, que sale de la casa en traje de baile y baja los escalones del terrazo.

Necesitaba respirar el aire fresco de la mañana... Hace allá arriba un calor... Al cabo logré fijar la fortuna y no tener los reveses de la suerte. Mis acreedores se empeñan en que no es cierto que estoy arruinado, y aun dicen que soy ahora mas rico que antes. Dejarlos decir. Para no oír sus quejas me marché á mis posesiones en Bretaña. Ahora me he acercado á París y en esta quinta que solo dista dos leguas, trato de pasar entre fiestas alegre vida olvidando los pesares que causo á mis acreedores. (*Viendo á Duresnel que baja los escalones.*) Ola! Aquí está mi futuro cuñado, es procurador del rey. Estando espuesto á hacer especulaciones desgraciadas es una cucaña tener parientes en la magistratura.

ESCENA II.

Dicho, DURESNEL.

(Principia á amanecer.)

DUR. Sois vos Monrose?

MONR. Sí.

DURES. He visto que mientras el baile hablábais con vuestra preciosa hermana, qué le habeis dicho?

MONR. Que la toga del severo magistrado no preserva de las humanas debilidades; que la amais, que la adorais, y que yo os he prometido que serà vuestra esposa.

DURES. Qué respondeis?

MONR. Nada... se sonrió... Venga esa mano, cuñado mio!

DURES. Cuanta gratitud no os debo!

MONR. Quitad allá la gratitud y dadme solo vuestra amistad... Pero al pedirme la mano de mi hermana me habeis hablado de vuestro caudal, de vuestras esperanzas, me habeis dicho cual era vuestra posicion. Tambien debo yo daros cuenta de la mia.

DURES. Para qué?

MONR. He sido banquero... mas una cadena de desgracias me obligó á renunciar al comercio. Despues de haber pagado á mis acreedores me queda aun gracias á Dios un caudal regular y la estimacion de las personas honradas. Hace poco que acabo de recibir una prueba de ello pues los electores de Gentilly me han elegido alcalde, y estoy propuesto para obtener la legion de honor.

DURES. Os doy la enhorabuena.

MONR. No hay por qué. Quién no tiene en el dia una cinta en el ojal?

ESCENA III.

Dichos, ELENA trage de baile.

ELEN. Nos habeis abandonado y vuestra falta se ha notado ya.. El baile se está concluyendo y para que dure algo mas es necesario la presencia y súplicas del amo de la casa

- DURES. Perdonad á vuestro hermano; porque yo solo tengo la culpa, y á mí se me debe acusar.
- ELEN. Acusar es propio de vuestro empleo y no quiero usurpar prerogativas de nadie.
- MONR. Tienes razón Elena. Vamos al salon. Señor procurador, dad la mano á vuestra futura esposa.
- ELEN. Victor, por Dios!...
- DURES. Con qué es cierto, señorita que me es dado esperar?
- ELEN. Aquí vienen nuestros convidados. Bien te decia yo, Victor, que estrañaba tu ausencia.
- (Una parte de los convidados hombres y mugeres, aparecen en el terrazo y baja á la escena.)

ESCENA IV.

Dichos, convidados.

- MONR. Cómo es eso? Querais ya dejarnos?
- UN CONVIV. Al contrario, baron, somos una diputacion que viene á suplicaros permitais que siga el baile hasta que pase la cadena de presidiarios.
- ELEN. Presidiarios. (*Se pone triste.*)
- CONVID. Sí, señora; salen hoy de Bicetre para marchar á Tolon y deben pasar por aquí.
- MONR. Con mucho gusto. Así lograré deteneros mas tiempo.
- DUR. (*A Elena*) Qué teneis, señorita? Pareceis como alligida.
- MONR. Nada... la fatiga del baile...
- ELEN. No, no; sino que no comprendo que gusto puede tenerse... yo no quiero ver esa cadena de presidiarios. (*Bajo á Monrose.*) No puedo olvidar al desgraciado Durand, cuya hija era mi amiga... Vámonos de aquí, (*Alto*) Venid, señoras, volvamos al salon y echaremos un guante para esos infelices.
- TOD. Sí, sí; buena idea.
- ELEN. Luego volveréis para verlo pasar; y al menos habreis pagado los puestos. Vamos.
- (*Todos la siguen menos Monrose.*)

ESCENA V.

MONROSE, *despues* ANTONIO.

MONR. Tiene muy buen corazon, y si yo fuese capaz me enterneceria. Antonio!

ANT. Señor!

MONR. Ponte de centinela á lo largo del camino y avisanos cuando asoman los presidiarios.

(Vase Monrose.)

ESCENA VI.

ANTONIO.

Pues es una linda comision! Ponerse un hombre honrado á esperar esos bribones... Pero aun no soy bastante rico para hacer una quiebra y es preciso obedecer. Vamos pues.

(Vase por la izquierda. Al foro vuelve á principiar el baile cuya música se oye. Llegan por la derecha Roberto vestido con elegancia, Lord con traje de viage dando el brazo á Carolina, mejor vestida que antes, pero con mucha sencillez, aunque siempre tan abatida.)

ESCENA VII.

ROBERTO, EL LORD, CAROLINA.

ROB. Por aqui, por aqui.

LORD. Venid, Carolina, y acordaos de que me habeis prometido tener valor. Ya que quereis abrazar á vuestro padre, al paso no debeis disminuir su constancia con vuestro abatimiento. Ah! Mientras aqui lloramos, otros se divierten

CAR. Hay baile en esa casa.

ROB. Han elegido buena ocasion.

LORD. No sé como no nos ha alcanzado el notario á quien envié mi coche esta mañana.

CAR. Un notario! Para qué!

LORD. Ya lo sabreis, en el pueblecillo inmediato. Dime Roberto, quieres ir á ver si viene?

ROB. Si, pero...

LORD. Anda.

ROB. *(Bajo.)* Queréis que hoy?...

- LORD. (*Bajo.*) Si, lo quiero; es preciso. vé, vé.
 ROB. (*Bajo.*) Os obedezco; pero temo... he observado, en fin... (*Alto á Carolina.*) Señorita, milord os dirá lo que yo no acertaria nunca á decir... De todos modos contad conmigo, porque mi vida es vuestra... Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos ROBERTO.

- CAR. No comprendo lo que queria dar á entender.
 LORD. (*Ap.*) Cumpliré la promesa que le hice: la ama, y es digno de ella (*Alto.*) Es un excelente muchacho, no es verdad?
 CAR. Oh! si; despues de vos el único amigo que nos queda en el mundo.
 LORD. Y se declaró amigo vuestro el dia de la desgracia.
 CAR. Como vos, milord Mas vos habeis trocado una brillante existencia por el continuo espectáculo de nuestro dolor y nuestra humillacion. Por nosotros habeis perdido vuestro porvenir, y eu vez de un dichoso himeneo solo hallais fastidio y lágrimas.
 LORD. Lágrimas! Contais por nada el placer de enjugarlas? Desgraciado del que nunca ha llorado con un amigo!... Pero no hablemos de esto, sino de ese buen jóven... Mientras dedicaba todo el dia á pensar en vos, y en ver á vuestro padre en la cárcel y á vuestra hermana en su colegio, por las noches se ocupaba en reformar su educacion y en adquirir conocimientos, lo que es tan difícil á su edad. Todo por amor á vos, y por llegar á ser vuestro igual. Creo que lo logrará, porque nada resiste á la voluntad; y vos le amareis...
 CAR. Ya le amo, como á un hermano.
 LORD. Oidme. Hasta ahora habeis hallado honroso asilo en casa de una señora compatriota mia... vuestra hermana por su edad puede continuar en el colegio, y nadie tendrá que decir si voy á verla y abrazarla. Pero vos, Carolina, necesitais que el que os proteja tenga derecho á confesarlo delante de todo el mundo, y para eso es preciso que sea vuestro marido.
 CAR. Mi marido!
 LORD. Dispensadme si os hablo de tal cosa en un dia

como hoy, pero ya comprendereis que es preciso. Desde el dia que sentenciaron á vuestro padre formé este proyecto con la idea de que se verificase al cabo de un año; pero he reflexionado mejor, y creo que debe ser hoy mismo.

CAR. Hoy! (*Ap.*) Dios mio! Su mirar! Su acento! Estoy temblando.

LORD. Por eso he enviado á buscar el notario... dentro de poco vereis á vuestra padre que dará su consentimiento, y llevará la idea consoladora de que no quedais sola en el mundo. Pensad que si lo retardais no tendria vuestra union la bendición paternal.

CAR. (*Ap.*) No.. no me atrevo á creer... (*Alto.*) Y quién ha de ser mi esposo?

LORD. Lo será...

ESCENA IX.

Dichos, ROBERTO.

ROB. Milord, el notario ha llegado, y en la posada inmediata espera con el contrato matrimonial.

LORD. Bien. (*A Carolina.*) El que pretende ser vuestro esposo me parece digno de serlo, porque tiene un corazon capaz de comprenderos, porque os ama.

CAR. Me ama!

LORD. Y si rehusais su mano le hareis muy desgraciado.

CAR. Con qué no se avergonzará de llamar esposa á la hija de un presidiario.

LORD. No, se envanecera de ser vuestro marido.

CAR. Pero, quien es?

LORD. Es posible, Carolina que no lo hayais adivinado? Es él. (*Señalándolo.*)

CAR. El? Ah! El! Si... hace tiempo que lo habia adivinado.

(*Se deja caer llorando en un banco de piedra que habrá en el camino.*)

ROB. (*Para sí.*) Lloro. Bien sabia yo que no me engañaba.

LORD. Qué tienes, Carolina? Esa emocion!...

CAR. (*Levantándose*) No es nada... nada... pero como deciais, es cosa triste pensar hoy en casamiento, cuando mi padre...

LORD. Pero no conoceis que es indispensable?

CAR. Si, si.

- LORD. Y qué respondeis?
- CAR. Que... que acepto con gratitud el esposo que me habeis elegido.
- LORD. (*A Roberto.*) Y tú estás contento?
- ROB. (*Con voz ahogada por los sollozos.*) Yo; si milord... contento... muy contento!
- LORD. Pero, qué significa?... (*Está en medio de los dos y mira al uno despues del otro, que ambos bajan los ojos y lloran.*) Los dos lo mismo? Roberto, si eres mi amigo hablame con sinceridad. Te acuerdas de aquel dia que éntre la cárcel y el tribunal nos dimos nuestra amistad?
- ROB. (*Bajo.*) Si, milord, me acuerdo. Por eso no hay sacrificio que no tengais derecho á exijir de mí. Y por eso consiento en casarme.
- LORD. Pues, no lo has querido tú?
- ROB. Entonces si.
- LORD. Y ahora, por qué no? No la amas ya?
- ROB. Al contrario, ella es la que no me ama.
- LORD. Te engañas, amigo, te engañas. No es verdad, Carolina, que me habeis dicho que le amabais como á un hermano?
- CAR. Si.
- ROB. Ya lo creo, como á un hermano... pero yo la amo mil veces mas que á una hermana, y ella... (*Bajo.*) Milord, hay un hombre á quien ella ama mil veces mas que á un hermano.
- LORD. Qué dices!
- ROB. Si, milord.
- LORD. Carolina?...
- ROB. Si, milord.
- LORD. Ama?...
- ROB. Si, milord, si, milord, si, milord.
- LORD. Y ese hombre, quién es?
- ROB. Es...
- LORD. Quién?
- ROB. Vos!
- LORD. Yo!
- ROB. Si, hace mucho tiempo que lo sospechaba; pero ahora estoy cierto.
- LORD. Me ama! En efecto... la conversacion que ha tenido conmigo. Si... no hay duda.
- ROB. Gente viene, milord. Puesto que esa jóven debe casarse, y que un lord por mas generoso que sea no puede ir hasta el punto de darle su mano, aqui está la mia. Firmaré el contrato con el corazon traspasado, porque sé que la daré mi nom-

bre y no la felicidad: porque ha llorado cuando supo que yo seria su marido; y porque creo que no hay nada en el mundo mas horrible que ser marido de una muger que ama á otro.

(Mientras el fin de esta escena, no cesa el Lord de mirar á Carolina que evita sus miradas. Momento de silencio interrumpido por Antonio.)

ESCENA X.

Dichos, ANTONIO.

- ANT. Señores, aquí está ya la cadena... Venid á ver una gran provision de pícaros.
- LORD. Ah! Calla.
- ANT. Ola! Es Lord Darnley el antiguo amigo de mi amo.
- LORD. Tu amo!
- ANT. Os acordais, Milord de aquel cartero que robó á mi amo mil francos? Pues ahí viene. Lo he visto.
- CAR. Mi padre!
- LORD. Callarás, miserable.
- ANT. Soltadme, soltadme que tengo que avisar al señor baron y á sus convidados, la llegada de esos pic... de esos señores.
- LORD. Cómo, esa casa es de Monrose? Ve... ve á avisarle.
- ANT. Voy (*Ap.*) Vaya que tiene unas manos el milord!

ESCENA XI.

Dichos, MONROSE, DUBESNEL. Unos salen al terrazo otros al balcon. Algunos se adelantan.

- MONR. (*Viéndolo.*) Lord Darnley!
- LORD. (*A media voz.*) Estás ahí, hombre honrado!
- MONR. Milord, celebro mucho... (*Ap.*) No se lo llevara el diablo.
- VARIOS. Ya están aqui, ya vienen.
- LORD. (*Acercándose á Carolina que sostiene Roberto.*) Valor, Carolina.

ESCENA XII.

dichos, DURAND, galeotes, gendarmes.

(Los galeotes van encadenados de dos en dos. Carolina conoce á su padre y se arroja en sus brazos. El Lord y Roberto se acercan á él)

DUR. Hija! Amigos míos! No habeis olvidado al pobre sentenciado. Dios os lo pague.

GENDARME 1.º Adelante!

LORD. Un momento, por Dios, un momento!

CAR. Padre! Quiero morir en vuestros brazos.

(El Lord da dinero á los guardas. Una dama se acerca á repartir el guante echado por Elena.)

MONR. *(á Duresnel.)* Retirémonos, cuñado... Vámonos á ver á vuestra futura.

LORD. Su cuñado! Ah! Es coronar la obra! El fiscal se casa con la hermana del acusador! Pues bien: á ese desgraciado que vosotros separais de la sociedad, á ese hombre en cuyo rostro solo queda el sello de la desesperacion y que perdido y arruinado por ti, Monrose, ocupa el puesto que tú debias ocupar, yo Lord Darnley, par de la Gran-Bretaña, y sobre todo hombre honrado, lo rehabilitó á los ojos de todos, y doy un mentís á sus jueces casándome con su hija. *(Movimiento general.)*

TODOS. Su hija!

DUR. Qué dice?

CAR. El, mi esposo!

ROB. Muy bien hecho, Milord, muy bien hecho.

DUR. Comprendo, Milord, toda la generosidad y nobleza de vuestra resolucion, y á pesar del oprobio que me cubre, me envanezco de que me creais digno de ser vuestro padre; pero el honor que no ha podido quitarme la sentencia... me impide aceptar...

LORD. Cómo!...

DUR. Reflexionad que vuestra muger os llevaria el oprobio por dote y que algun dia os avergonzarais...

LORD. Mal me conocéis... Avergonzarme yo de la mejor accion de mi vida!... Dentro de un momento marchareis á Tolon, mi muger y yo os seguiremos y viviendo tan cerca de vos como pedamos os demostraremos tal estimacion

y afecto, que trocaremos las ideas hasta de los que cometen el absurdo de creer que los tribunales humanos son infalibles.

DGR. Pues bien; haced lo que queráis y el cielo os recompense. (*A Carolina*) y á ti de tu amor filial. (*Al Lord.*) Milord, habeis tenido el valor sublime que se necesita para hacer frente á una cosa mil veces superior á la muerte... las preocupaciones.

GEND. Marchemos.

LORD. Vamos. (*A Roberto.*) Tu vendrás con nosotros, no es verdad?

ROB. Iba á suplicaros que me permitiéseis seguiros.

LORD. Seguirás estudiando...

ROB. Ya, para qué?

LORD. Puedes llegar algun dia á ser mi cuñado.

Mientras esto, los convidados han vuelto al salon Lord viendo á Monrose que desde el terrazo mira.

Oh! infalibilidad de la justicia humana. Segun ella, aquel es el criminal... aquel el hombre honrado. Bien necesita el hombre recordar que hay en el cielo otra justicia.

FIN DEL ACTO QUINTO.



PLATE N. 17262

